

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitiae partes tuendas suscepistis....

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taibout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

LA JUVENTUD CATÓLICA DE MADRID

A LOS JÓVENES DE TODA ESPAÑA.

Los graves sucesos políticos acaecidos en Setiembre último a nuestra amada patria, produjeron una de las perturbaciones más radicales y violentas que registra su historia, y dieron ocasión al extraño fenómeno de subvertir todas las ideas, de cambiar todos los hechos, de modificar todas las instituciones. En la esfera religiosa, a que únicamente podemos y debemos atender, este fenómeno ha excedido los límites de la mayor ponderación, y en un país esencialmente católico, que ha vivido por muchos siglos la vida del Catolicismo, en que este era la conciencia política y el instinto social del pueblo, hemos visto acontecimientos antes no imaginables, que hacían temer por la total pérdida del sentimiento religioso.

Pero pasado el angustioso momento de la crisis y vuelto a su natural asiento el ánimo asombrado, la idea del deber brotó vigorosa en el pecho de los que aun tenemos a gloria el profesar la fe de nuestros mayores, y pesada la gravedad de los hechos y calculados los progresos del mal que cundía lastimosamente, conviniéndonos los católicos en la necesidad imperiosa e ineludible de atajar aquel mal que amagaba alzar un señorío de que antes se hallaba tan distante.

He aquí la idea generadora de la Academia, cuya voz tenemos la honra de llevar en este momento. Presentes están aún las circunstancias en que nació la *Juventud Católica*; no pueden borrarse en largos años, acaso nunca, de la memoria de nosotros a quienes tanto allí giera. Era entonces cuando las pasiones a que da lugar una revolución trascendental, no contenidas dentro de medida alguna, ocasionaban los más deplorables excesos, y tanto más se extrañaban cuanto más opuestas eran las banderas a que se acogían. Su primer empeño, su constante pesadilla fué muy luego romper el carácter más relevante de la nacionalidad española; la unidad católica fué el blanco obligado de las iras revolucionarias; clamores en contra de ella en todos los tonos, y lo mismo por medio de artículo liviano de liviano periódico, que por asquerosa y nocturna manifestación, llegase a dar como doctrina corriente que la ciencia y las letras, la juventud ilustrada, hasta el bien del catolicismo, la exaltan y reclaman pertenecíamos a las últimas filas de la juventud estúpida, que amábamos el catolicismo y nos dedicábamos a las ciencias y a las letras, quisimos protestar contra tan mentidos asertos, y escogimos como el mejor medio la fundación de esta Academia, donde la juventud católica, sirviéndose de la ciencia humana, proclamara y defendiera la unidad religiosa como conveniente, como útilísima, como necesaria para la religión y para la patria. De modo que la conservación de la unidad católica ha sido objeto el más elevado para la ciencia, altísima misión para la Academia.

No era este, sin embargo, el fin único de nuestros propósitos, sino un medio práctico de defensa del catolicismo atacado rudemente en la tribuna y en la prensa, por el racionalismo, por la indiferencia y por las sectas protestantes. En cuanto nos fué posible, y dentro de la organización dada a la Academia, hemos abrazado en conjunto aquellos ramos del saber humano cuya historia y cuyos dogmas constituyen la apología eterna del catolicismo, y en públicas cátedras hemos explicado los «deberes y derechos del ciudadano», la «historia de España», la «interferencia religiosa y los morabares de Gorbobi», la «historia del pueblo hebreo», y los «principios fundamentales de las ciencias físicas y naturales», el Génesis ante la ciencia geológica, las «diferencias entre la libertad y el liberalismo» y los «Orígenes de la pintura y escultura cristianas»; pública y ampliamente hemos discutido también las «Instituciones sociales y políticas que convienen para la reorganización de España» y la «idea del Estado y sus atribuciones»; y para recrear el ánimo fatigado en estas tareas hemos cantado las excelencias de la fe cristiana, los tiernos afectos del corazón y los eternos principios de la moral, en sesiones literarias semanales.

El afán de propaganda nos animaba y enardecía y el pueblo de Madrid ha correspondido a este afán acudiendo constantemente a nuestro lado y dando el espectáculo consolador de que hombres de todas condiciones, desde el elevado magister hasta el humilde artesano, desde el laureado académico hasta el modesto escolar, vinieran a saludar entusiastas la bandera de la verdad que manteníamos enhiesta en nuestras débiles manos que cobraban fuerzas y vigor con semejantes hechos y la levantaban más en pro del sentimiento popular herido.

Pero aún ha habido más por ventura de la *Juventud Católica*. La voz lanzada por nosotros en defensa de la religión nacional, resonó en toda España, y muy luego Salamanca, sepulcro ilustre de Isabel la Católica, y Granada, sombra venerable de nuestras glorias intelectuales, respondieron a nuestro llamamiento, y fueron seguidas de Sevilla, Almería, Santiago, León y otras ciudades más, alzando la importancia de una verdadera institución para una idea que había nacido modestamente y sin presunciones de éxito tan incomparable. Entonces, acordándonos de los malos augurios con que se amargaba algún tanto nuestras presuntas alegrías, volvíamos los ojos al cielo, que derramaba sus bendiciones sobre la *Juventud Católica*, y reconocíamos la escasa valía de los humanos cálculos ante el poder de Aquel que exalta a los humildes y que se vale de los pequeños para el logro de las más altas empresas. Entonces también vimos amortiguado el miedo y contenida la apostasía, que eran los grandes males nacidos a la raíz de la revolución de Setiembre, y cuyo peso se debían cargar no pocas frentes; y en este punto si que nos felicitamos sin reserva y con orgullo de la fundación de la Academia.

Bien que no hay momento ni hecho con ella relacionado que no sea motivo estimable de gratísimo recuerdo y de sincera satisfacción; que a más de todo esto, han procurado hasta exceder en favorecer nuestro pensamiento, no han dado frecuentes pruebas de adhesión y cariño, y han rivalizado en tarea tan honrosa para la Academia, ilustres Prelados, peritos nacionales y extranjeros, escritores católicos, pueblo creyente y entusiasta, en una palabra, todos los que han alcanzado la importancia de nuestro empeño y la trascendencia de sus resultados.

Y como la principal de tantas justísimas alegrías consideramos el testimonio que nuestro amadísimo Padre, el venerable Pío IX, se ha dignado concedernos con una Carta llena de amor paternal en que contesta al mensaje que le dirigimos depositando a sus pies nuestros proyectos y

pidiéndole su protección; y en que premia nuestros afanes y nuestros desvelos bendiciéndonos y animándonos con su acostumbrada bondad. La *Juventud Católica* de Madrid debe estimar y estimar de hecho esta Carta, como acción de sus fines y aprobación de sus medios. Ella sabe que ha llenado sus deberes y que puede continuar confiadamente por el camino emprendido.

En efecto, si nosotras exponer aquí lo que en adelante hemos de ser, nos bastaría decir lo que hemos sido; esto es, defensores del catolicismo, según promesa jurada en un día memorable; defensores de la unidad religiosa, como principio salvador para nuestra patria; y ambas defensas, que no se oponen a las leyes, las llevaremos a cabo según podamos por medio de la ciencia y de las letras, sin trégua a la inteligencia ni descanso a la actividad, ganosos siempre de alcanzar el anhelado triunfo. Y en esta ardua y difícilísima empresa continuaremos inspirándonos en el universal espíritu del catolicismo, sin distinciones perniciosas entre pobres y ricos, altos y bajos, doctos e ignorantes, sin admitir diferencias políticas, antes al contrario mostrando amor y tolerancia hacia las opiniones y los hombres, aun los más radicales adversarios, estrechando con el mismo abrazo de caridad y fraternidad a todas las creencias políticas, siempre que no se opongan, siempre que se armonicen con aquellos indiscutibles principios.

Lo levantado del propósito fatiga las más lisonjeras esperanzas y deja muy atrás lo escaso de nuestras fuerzas; pero la *Juventud Católica* de Madrid no cunta con las suyas propias, que serían harto insuficientes, confía en el apoyo de la juventud de las provincias, muy especialmente en el de las Academias ya establecidas que tan bien han alcanzado comprender y desarrollar nuestro pensamiento: espera mucho también del Episcopado y del Clero español; solicita el auxilio de los verdaderos católicos, y con tales elementos por auxiliares y trabajando principalmente por el pueblo que es el más necesitado de sonda y cristiana instrucción, no puede dudar del éxito; ofenderá a Dios si dudara; adora a Dios al confiar en su manifiesta protección.

Potríamos terminar aquí este manifiesto si no fuera preciso inasir de nuevo con infatigable constancia en la idea principal que encierra. La *Juventud Católica* necesita cundir con obstáculos y sin ellos; necesita desarrollarse en toda España, por eso nos dirigimos a los jóvenes de toda España; debe hallar eco en las capitales y en las aldeas; debe encontrar apoyo en los poderosos y en los humildes; debe, en una palabra, establecerse en todas las poblaciones grandes o pequeñas donde haya jóvenes católicos; debe obedecer al mismo espíritu, organizarse bajo idénticas bases, admitiendo solo las modificaciones que la impongan las circunstancias locales para que llegue a ser lo que es preciso que sea, lo que deseamos y esperamos todos, una asociación vastísima, una verdadera institución nacional fecunda en grandes resultados.

Madrid 1.º de Julio de 1869.—Por la Academia, la junta directiva.—Juan Catalina García, presidente.—El marqués de Monesterio vicepresidente.—El conde de Villalobos, vicepresidente.—Francisco Martín Melgar, tesorero.—José de Cútili y Peñalva, Francisco Sánchez de Castro, vocales.—Gabino Martorell, secretario.

SOBRE EL JURAMENTO.

(REMITIDO).

El modo dignísimo, cortés y delicado con que el Sr. D. Vicente de Lafuente contestó a mi carta de 16 de Junio, y dió por terminada de su parte la polémica sobre el juramento de la nueva Constitución, según aparece en su artículo inserto en el número de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL correspondiente al día 22 del mismo y que se cruzó con el mío de la misma fecha impreso en el del 25, me hizo desistir, por de pronto al menos, del propósito de escribir otro artículo sobre la materia, a pesar de mi palabra empeñada, de la necesidad de aclarar algunos conceptos emitidos por el Sr. de Lafuente en su citado escrito, y de las exhortaciones que se me han dirigido para que complete el trabajo comenzado.

La carta que he escrito sobre el asunto con fecha 26 de Junio el Sr. D. Manuel Martínez y Sanz, y que apareció en el número de EL PENSAMIENTO correspondiente al 1.º del actual, me obliga a quebrantar mi resolución, poniéndome en el caso de continuar la defensa de la opinión contraria a la que sustentaba dicho señor en su mencionada carta, sin perjuicio de la consideración y respeto que me merecen las altas cualidades que le distinguen. Mas antes debo confesar ingenuamente que con pena mía me creo obligado a seguir la opinión que defiendo, por estar persuadido que es fundadísima, probabilísima; y digo con pena, porque quisiera—Dios lo sabe—que el acto de que se trata nada tuviera de religioso, evitando así muchos pecados; prescindiendo de lo enojoso que es sostener discusiones, y de esta clase, y con personas que abundan en unos mismos sentimientos.

Me propongo, pues, ampliar, aunque muy brevemente, las pruebas que aduje en mi anterior artículo, y cuya fuerza, por escasa que sea, no he visto aún destruida, contestando al mismo tiempo al argumento con que el Sr. Martínez y Sanz apoya su opinión.

Dice dicho señor que el Gobierno al adoptar la fórmula con que se exige el juramento de la nueva Constitución quiso prescindir de la invocación del nombre de Dios tanto explícita como implícita, valiéndose para probar su aserto de la novedad de dicha fórmula, de las circunstancias que concurrían al tratar y decidir sobre estas cuestiones, y del contexto del art. 27 de la Constitución, según el cual todos los españoles, independientemente de la religión que profesen, son admisibles a los empleos y cargos públicos. Yo intento demostrar en cuanto me sea posible, que el Gobierno no se propuso suprimir la invocación de Dios y que, aun cuando hubiere querido y esta hubiese sido su intención, no pudo hacerlo adoptando la fórmula que se emplea, y la cual necesariamente se contiene la invocación.

Que el Gobierno no ha querido suprimir la invocación santa del santo nombre de Dios, lo indican las creencias religiosas de sus individuos, pues que ninguno ha renegado de su fe, ninguno se ha declarado ateo, ninguno hizo suyas ni aun aprobó las aberraciones impías, las locuras blasfemas y satánicas de los racionalistas del Congreso, por más que no fuesen atacadas y corregidas con el valor y fuerza que presta una fe ferviente. Siento no tener presente cuanto han dicho los ministros acerca de esto, y que sería fuerte argumento positivo en favor de mi opinión, pero si recuerdo que el ministro de la Guerra, en el acto de jurar algunos militares, hablo de conciencia, aludiendo sin duda al sagrado del juramento; y el presidente de un Cuerpo, cuyos fallos y sentencias forman jurisprudencia, dijo expresamente, si no estoy equivocado, a los individuos que juraron, que *habían puesto a Dios por testigo*; y este personaje tuvo una parte muy principal en la formación del nuevo Código fundamental.

Debe, pues, suponerse la intención del Gobierno de no quitar al acto el carácter de religioso, sin que por esto se anule para los ateos declarados el art. 27 de la Constitución; porque lo más que pudiera suceder sería que estos, si hubiese alguno, no hiciesen juramento verdadero como no lo haría en el foro interno el que jurase fingidamente, como no lo harán finalmente muchos empleados a quienes no se les exija o eludan.

Que los que aun cuando el Gobierno hubiese querido prescindir de la invocación de Dios, no ha podido, en el hecho de adoptar la fórmula que adoptó. La prueba de este extremo es tanto más necesaria, cuanto oigo leer escribiendo el artículo que el Sr. Sagasta ha declarado en el Congreso que la fórmula de la jura de la Constitución no es religiosa.

Sin entrar a discutir sobre los motivos políticos que han podido arrancar esta declaración, voy al fondo de la cuestión.

Es de esencia del juramento—de jur—ligar así, que quien le presta queda obligado de derecho; esto es, ligarse, *religare*. De ahí el que se llame *religión* del juramento. Siendo innecesaria la invocación expresa del nombre de Dios, generalmente hablando y *speciatim* para los católicos, toda vez que nosotros ni adoramos otro centro de Verdad absoluta, de la Verdad por ese día, ni podemos separar la idea del Dios verdadero de la idea de Juez supremo que ha de juzgar nuestras acciones, y cuya sanción se acata e invoca en el mero acto de jurar o de responder si a la pregunta de jurais.... se sigue indefectiblemente que no se puede separar de este acto la idea de Dios, que es esencialmente religioso. En otro caso habría que decir que el Gobierno exigía una cosa ficticia, ilusoria, ridícula.

Me confirman en mi opinión las declaraciones de los Sumos Pontífices Pío VI y Pío VII, en casos parecidos al nuestro y que con gusto veo citados en un periódico de provincias, que inserta un escelente artículo sobre la cuestión, y en la carta a don Vicente de la Fuente del Sr. Gumier, que leo en EL PENSAMIENTO fecha de ayer.

Su Santidad el Papa Pío VI tuvo por verdadero juramento el exigido por el gobierno de la revolución francesa con el nombre de juramento: *Yo juro por la república y a la Constitución del año tercero*. El mismo Sumo Pontífice con Breve dado en Florencia en 16 de Enero de 1799 y dirigido al Provicere de Roma Lino. Señor D. Octavio Bonis prescribió la fórmula del juramento que podía prestarse a la república que entonces mandaba en Roma, con estas palabras: *yo juro que no tendré parte en ninguna conjuración, ni conspiración o para restablecer la monarquía contra la república que actualmente manda, juro por la monarquía, fidelidad y obsequio a la república y a la Constitución, salvo siempre el derecho de la religión católica*. El Santísimo Padre Pío VII, su sucesor confirmó esta misma fórmula en sus instrucciones de 22 de Mayo de 1809, a sus súbditos, en la invasión de sus dominios temporales; les enseñó, pues, que podían jurar en estos términos: *yo prometo y juro no tomar parte en conjuración alguna, conspiración o sedición contra el actual gobierno, como también estaré sumiso y obediente en todo lo que no sea contrario a las leyes de Dios y de la Iglesia*.

Si el Gobierno no cambia la fórmula difícilmente se hará creer que no es verdadero juramento, aunque lo asegure el ministro de la Gobernación.—Toledo, 3 de Julio de 1869.—Gabino Catalina.

CORTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR VICEPRESIDENTE D. CRISTINO MARTOS.

Extracto de la sesión celebrada el día 3 de Julio de 1869.

Abierta a la una y media, y leída el acta de la anterior por el señor secretario Carratalá; fué aprobada.

El Sr. MENDEZ VIGO: Hallándose los retirados de Valladolid con un atraso de tres meses, respecto a los demás de su clase, desearía saber si está el Gobierno dispuesto a que se les pague al nivel de todos los demás en el pago de sus haberes.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Se pondrá en conocimiento del Gobierno la pregunta de su señoría.

El señor marqués de ALBAIDA: Desearía que la comisión de presupuestos activara sus trabajos para que pudiéramos ocuparnos cuanto antes de ese asunto, pues parece que las subcomisiones han introducido algunas economías, y sería conveniente que aprovechemos el tiempo en discutir los

presupuestos, a fin de que el país sepa a qué atenerse en este punto.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Se hará presente lo que acaba de manifestar S. S. a la comisión de presupuestos; pero debo advertir a su señoría que los presupuestos discutidos por las subcomisiones tienen que ser examinados por la comisión general antes de someterse a la deliberación de las Cortes, y que ese examen exige algún detenimiento.

El señor marqués de ALBAIDA: Ya he tenido eso presente, y por eso ruego a la comisión de presupuestos que los despatche cuanto antes. Y ya que estoy de pie, desearía preguntar al Gobierno si tiene inconveniente en remitir un estado de los empleados que deben cesar por la supresión de los portazgos y del desestanco de la sal y del tabaco, cuando llegue este caso, a fin de que el pueblo pueda apreciar las ventajas que por este concepto ha de obtener.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Se pondrá en conocimiento del Gobierno la pregunta de S. S.

El Sr. BALAGUER: Deseo recordar al señor ministro de Fomento la pregunta que le dirigí acerca de si está enterado de la triste situación en que se encuentran los maestros de primera enseñanza, a quienes los ayuntamientos no pagan, y si se halla dispuesto a poner remedio, evitando ese abandono.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Se comunicará al señor ministro de Fomento la pregunta de su señoría.

El Sr. DE BLAS: Deba manifestar al Sr. marqués de Albaida, como individuo que soy de la comisión de presupuestos, que esta se reúne diariamente por espacio de cuatro horas, procurando trabajar con toda la asiduosidad posible.

Se leyó la lista de las peticiones presentadas en secretaría, que comprende desde el número 556 al 678, las que pasaron a la comisión respectiva.

Se dió segunda lectura de una proposición autorizada por las secciones, disponiendo que la ejecución de las penas impuestas a los militares no tenga lugar en las cárceles y presidios públicos.

El Sr. MACÍAS ACOSTA: Señores diputados, como esta es la primera vez que tengo el honor de dirigirme a la palabra, necesito y espero obtener de vosotros que me oigais con vuestra benevolencia acostumbrada. No temáis, sin embargo, que moleste mucho vuestra atención, puesto que solo voy a poner en relieve brevemente las principales razones en que se apoya el pensamiento que comprende la proposición, que bueno o malo, tal cual es el presente, es hijo de mi pobre entendimiento.

Cumple a mi propósito decir que no me he movido al redactar esta proposición el interés militar ni el exclusivismo que puede haber entre los que seguimos la carrera de las armas, pues solo me he impulsado a ello un sentimiento patriótico y filantrópico que indudablemente habrá de producir los mejores resultados si llega esta proposición a convertirse en ley.

La parte penal, que debe estar separada y reunida en un Código, se encuentra hoy escparia sin método ni orden alguno, y participa de las contradicciones de las ordenanzas. Como en ellas hay delitos exclusivamente militares, pero cuya penalidad es igual a la de otros que lo son en el orden civil, sucede que los penados con arreglo a la ordenanza por abandono de guardia, desertión u otros, van a sufrir la condena a los presidios como los delincuentes comunes, no obstante que si bien a los ojos de la milicia son delincuentes, lo son por hechos que el Código penal común no considera como delitos. Por eso propongo que en vez de destinarlos a los presidios comunes, se les lleve a cumplir sus condenas a los correccionales militares que deben establecerse, para que al extinguirlos no salgan incapacitados con la misma nota que los grandes criminales, porque eso no es justo. Un hombre puede muy bien ser cobarde, y sin embargo ser buen ciudadano.

No habiendo, pues, ninguna razón atendible para que vayan a los presidios comunes los soldados que cometen cierta clase de faltas, espero que las Cortes toman en consideración este proyecto, para que se remedie con él una injusticia que viene existiendo desde hace medio siglo.

Leída de nuevo la proposición; y hecha la pregunta de reglamento, fué tomada en consideración, acordándose pasara a las secciones para los efectos oportunos.

ORDEN DEL DIA.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Discusión del dictamen relativo a las actas de Segovia y admisión del Sr. D. José River y Puerto.

Leído dicho dictamen, fué aprobado sin debate quedando admitido y proclamado como diputado el señor River y Puerto, que ingresó en la tercera sección.

El señor VICEPRESIDENTE (Martos): Continúa el debate pendiente sobre el dictamen relativo a auxiliar los ferries de Asturias y Galicia.

El Sr. DE PEDRO terminó su discurso en contra.

El Sr. ELDUAYEN, de la comisión, combatió lo dicho por el Sr. De Pedro, demostrándole los errores que había cometido al hablar de líneas que no existían y de actos de empresa que no ocurrieron.

El orador dijo que el interés que se ponía en juego para contrarrestar este proyecto, era el interés de otra empresa que no sabía cuál fuese pero que al lo demostraban los escritos y folletos que se habían circulado y unas papeletas citando a los señores diputados siempre que se trataba de este asunto para que no fallasen a las Cortes cuando se discutía este punto.

Después explicó la necesidad y la conveniencia de que el proyecto de ley se apruebe para que las provincias de Galicia no sigan privadas por más tiempo del enlace por medio del ferrocarril, a todas las demás de la Península y al mundo entero. Respecto a los adelantos que se han de hacer a la empresa del ferrocarril, recordó que se le había dado para obras exclusivamente, con una severa intervención que demostrara todos los meses la inversión de aquellas sumas y las obras construidas, lo cual venía a demostrar que no se había dado jamás a una empresa subvención más estrechamente intervenida.

El orador, pasó después a exponer diferentes consideraciones en favor de la importancia de las localidades que habían de atravesar los ferrocarriles de Galicia y Asturias y el derecho que asiste a los habitantes de dichas localidades para gozar de los beneficios de las líneas férreas que cruzan ya la mayor parte de España, y para que se haga por ellas lo que se ha hecho por casi todas las demás líneas.

El Sr. PASTOR Y LANDERO rectificó extensamente insistiendo en su oposición a que se conce-

diera el auxilio que se pedia en el proyecto de ley sometido a discusión.

Se suspendió esta discusión y se levantó la sesión. Erán las seis.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 3.—Mr. Dumir y otros miembros de la mayoría preparan una demanda de interposición, proponiendo el restablecimiento de la contestación al mensaje de la corona, la facultad para la Cámara de elegir su presidente y otras medidas liberales.

NEW-YORK, 3 (por el cable).—El general Caballero de Rodas ha declarado que es necesario acabar con la insurrección, pero con la menos pérdida de sangre posible.

Aconseja a la prensa sea conciliadora.

PARIS, 4.—El Cuerpo legislativo ha aprobado ayer 28 elecciones. El número total de las elecciones aprobadas hasta ahora es de 159.

BREXIT, 4.—El *Great Eastern* ha recorrido 1,445 millas, ó sea más de la mitad de la distancia entre Francia y América.

Las comunicaciones continúan excelentes.

PARIS, 3.—En la Bolsa se han cotizado: 3 por 100 interior español, 26 3/4. 14em exterior, 30 7/8. 3 por 100 francés, 71-10. 4 1/2 id., 402 50. 5 id italiano, 56-75.

LONDRES, 3.—Consolidados ingleses, 92 3/4 a 7/8. Fondos portugueses, 34 1/2.

PARIS, 3 (por la noche).—El emperador ha acordado practicar una política liberal. Al efecto el Gobierno dará un programa en el que expondrá sus propósitos.

El ministro de Estado Sr. Rouher ha anunciado que presentará su dimisión, y que precederá una amnistía completa por todos los delitos políticos al ministerio que se va a formar.

Créese segura la entrada en este de Mr. Emilio Olivier.

Sigue la huelga de los mineros en el departamento del Tam.

Toda la escuadra acorazada del Mediterráneo escoltará al *yacht* de la emperatriz en su viaje a Egipto.

Grandes fiestas tendrán lugar en Marsella a la vuelta de dicho viaje. Cuerpo legislativo, sesión del 3. Julio Simon sigue combatiendo la elección del diputado Durand, pero la mayoría parece dispuesta a hacer caso omiso de los abusos cometidos por las autoridades con el objeto de asegurar las elecciones de los diputados imperialistas.

PARIS, 3.—Los fondos se han cotizado: El 3 por 100 español interior, a 26 3/4. El 3 por 100 exterior español, a 30 7/8. El 3 por 100 francés, a 71-10. El 4 1/2 id., a 402-50.

LONDRES, 3.—Los consolidados ingleses, de 92 3/4 a 7/8.

NEW-YORK, 1.º (por el cable).—El general Sickles sale hoy para España.

BREXIT, 2.—Hoy por la mañana se han restablecido las comunicaciones con el *Great Eastern*.

PARIS, 2.—El Cuerpo legislativo ha aprobado hoy 61 elecciones.

NEW-YORK, 2 (por el cable).—Ha sido preso hoy el resto de los filibusteros de la expedición del coronel Ryan.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 5 DE JULIO DE 1869.

LOS CARLISTAS SIN SABERLO.

No hay poder humano, dice Bossuet, que a su pesar no sirva a otros designios que los suyos. No creía ciertamente Alejandro Magno trabajar para sus capitanes, ni arruinar su dinastía con sus conquistas. Cuando Bruto inspiraba al pueblo romano un inmenso amor a la libertad, estaba muy lejos de imaginarse que inculcaba en los ánimos aquel principio de desenfrenada licencia, con la cual se había de restablecer más dura que en tiempos de los Tarquinos la tiranía que él quería destruir. Cuando los Césares adulaban a los soldados, no tenían el designio de convertirlos en amos de los emperadores y del imperio.

¿Pensaban por ventura los conspiradores de Agosto y revolucionarios de Setiembre en ser los precursores de la monarquía cristiana? Y, sin embargo, así tiene que suceder.

Estamos viendo venir a pasos agigantados una época gloriosa, como nunca quizás la ha conocido español sino en el reinado de los Reyes Católicos y regencia de Jimenez de Cisneros, y la revolución liberal parece juramentada para trabajar exclusivamente en favor de esa reacción saludable y por tantos corazones suspirada.

Nosotros, que hemos consagrado todas nuestras fuerzas al advenimiento de ese hermoso día, poco ó nada hacemos en pro de la buena causa, lo uno porque nuestras fuerzas son muy débiles, y lo otro porque los grandes acontecimientos obedecen principalmente a las órdenes secretas de la Divina Providencia, la cual para humillarnos y abatir nuestro orgullo, se complace en dar a aquellas toda la eficacia que niega a los esfuerzos humanos deliberadamente encaminados a un fin social.

Estos esfuerzos del hombre son útiles, son necesarios para su santificación; más creer que

bastan para encauzar a la sociedad, es una locura que a cada paso desmiente la historia.

Pero en cambio, ¿qué bien trabajan los revolucionarios por nosotros! ¡Cuán admirablemente están preparando esa magnífica era, en que la monarquía cristiana, desmenuando las fuerzas que recibía con la vida, vuelva a ser lo que apenas pudo ser en los últimos siglos, lo que no era hace años, lo que, salvando siempre los inexcrutables juicios de Dios, no puede ya dejar de ser denro de breve término!

En efecto, la monarquía española nació peleando, como los soldados de Cadmo, peleando por la fe; peleando temeraria, y añadiríamos deseperadamente, si la idea de la desesperación cupiese en quien se ve por intervención sobrenatural alentado en el combate, y se siente capaz de hacer milagros por la fuerza de su fe. Patria y religión, español y cristiano, moro y enemigo, infiel ó hereje y extranjero, eran entonces una misma cosa.

Y así vivió España siete siglos; y al conseguir al cabo de ellos expulsar a los invasores, emprendió otra guerra de intolerancia religiosa, de unidad católica contra moriscos, protestantes y judíos; y solo cuando no tuvo dentro de su territorio enemigos manifiestos de la religión que combatir, solo entonces comenzó a decaer.

Este fenómeno, sin duda el más notable y el más evidente al propio tiempo en nuestra historia, podrá explicarse de diversas maneras, pero nunca satisfactoriamente, si se prescinde del carácter de nuestra monarquía, de su índole especial, de esa misión propia de cada pueblo, y en virtud de la cual ha nacido el nuestro, para vivir luchando por la fe, para emplear sus fuerzas, armas, talento, política, diplomacia, vida social en defensa de la religión.

Decayó España desde el momento en que, distraída en otras empresas, dejó que el jansenismo solapado y ardor se introdujera en los palacios con el nombre de regalismo; y ha llegado al último grado de postración en brazos del liberalismo doctrinario, que nos trageron los filósofos y aclamaron los jansenistas.

En este período de tiempo, que comprende desde los últimos reyes de la casa de Austria hasta la última reina constitucional, solo se ha mostrado el genio español, la nación grande, unitaria y compacta, en dos ocasiones: en la guerra de la independencia y en la guerra de África, porque en ambas estaba España en carácter y volvía a tomar su papel providencial de soldado de la fe.

Pues bien; el gran servicio que la revolución de Septiembre, obedeciendo las órdenes secretas del Divino Ordenador nos ha hecho, ha sido el de desenmascarar por completo el liberalismo, el filosofismo y el jansenismo, que, como enemigos domésticos ó hipócritas, no eran en España bastante conocidos.

El liberalismo, creyéndose ya omnipotente, se ha mostrado desde Setiembre acá, sin antifaz, y ha puesto su mano sacrilega en la unidad religiosa. Mirado: es el sucesor de Fari y de Muza, y guerra mas desapiadada hace a la religión, y mas alturas ha destruido que los árabes y los moros.

El filosofismo ha dicho en el Congreso: —vengo a hacer la guerra a Dios.

Y el jansenismo: —para que filósofos y liberales hagan la guerra a Dios a mansalva, yo me declaro protector de la Iglesia. Así la Iglesia será la única excepción de la libertad que lógicamente tendría que conceder a todos el liberalismo.

Ha vuelto, pues, el pueblo español a las condiciones propias para el desenvolvimiento de sus fuerzas naturales. Ahora es cuando tiene que mostrar su carácter y su genio. Estamos en los tiempos de Pelayo: los infieles se han apoderado de nuestros campos, de nuestras casas y de nuestros altares. Viven en medio de nosotros, y se menester, con las armas propias de nuestro siglo—doctrina, diplomacia, etc., etc.—rechazarlos, expulsarlos y restaurar la unidad católica.

La revolución se va, y el orden de cosas que tras ella venga, dados estos antecedentes, ha de ser la monarquía cristiana, la monarquía traliciona, la monarquía popular característica de España, no la monarquía constitucional de los últimos años, ni siquiera la de los últimos siglos.

Teníamos nosotros nuestra manera de ser libres que no era ni el liberalismo de Isabel II, ni eso que a falta de otro nombre se ha dado en llamar absolutismo de las dos postreras centurias. Carlos III llevó alguna vez ese absolutismo hasta la tiranía. Pues bien, la monarquía que venga llamada por las condiciones castizas de la verdadera Constitución española, no ha de ser ni liberal, ni absoluta; ni la de Isabel II, ni la de Fernando VII y Carlos III. Ha de ser cristiana, nos ha de dar la libertad de hecho, la libertad en la familia, la libertad en el municipio, la libertad en la provincia, la libertad que nace de la confianza y la firmeza del Gobierno, fiel intérprete de los sentimientos y tendencias populares.

Los nuevos invasores han sido tan bárbaros que hasta ahora solo han trabajado en grangearse el odio público, y tan necios que se están deshaciendo por sí mismos, por el desorden de su Gobierno. No hay más que tener un poco de paciencia y esperar el día próximo ya en que recíprocamente se hagan pedazos.

Y no tienen remedio más que destruirse unos a otros; porque los impelo una fuerza secreta y misteriosa a preparar las vías de la verdadera restauración monárquico-tradicional.

La revolución podía haber dominado con Isa-

bel II; pero obedeciendo a esa ley providencial, la derribó del trono.

La revolución podía haber llamado a la Reina; pero la infamó de tal manera, que ha hecho ya imposible, no solo su restauración, sino el entronizamiento de su descendencia.

Podía haber proclamado rey a Montpensier, si este aunque de lejos se hubiera presentado en Alcolea, pero en la ceguedad providencial que a todos los envuelve, solo hablaron de Montpensier cuando su proclamación se había hecho imposible.

Podían haberse hecho republicanos, declarándose católicos y dando a la Iglesia la libertad de que carecía; pero cometieron la torpeza de proclamar incompatibles la religión y la libertad, y de ensañarse contra las monjas y las instituciones católicas más populares.

La revolución, obedeciendo las órdenes secretas y misteriosas a que aludimos, no solo ha sido impia, sino que ha hecho cínico alarde de impiedad y de blasfemias, para que todos los católicos se reunan asustados a la boca de Covadonga, esperando ver salir entre las sombras de la cueva al futuro restaurador, al nuevo Pelayo.

Podía haberse hecho algún lugar entre los egoístas con economías siquiera aparentes; pero se ha hecho odiosa a todos por sus desfilarsos y sus presupuestos de tres mil millones.

Podía haberse captado las simpatías del ejército con la justicia y moralidad en los ascensos; pero tantas arbitrariedades ha cometido, que sonrojón a los mismos revolucionarios.

Ha creado un poder llamado regente, eclipsado por otro poder llamado Prim, que a su vez está oscurecido por un tercer poder llamado Rivero, alcalde de Madrid, presidente de las Cortes y jefe de los voluntarios de la libertad.

No hay unidad de miras, ni unidad de aspiraciones, ni unidad de fuerzas, ni unidad de mando.

¡Qué bien trabajan los revolucionarios por nosotros! ¡Cuán admirablemente están preparando la vuelta de la monarquía tradicional española! ¡No hay poder humano que a su pesar, no sirva a muy diversos designios de los suyos.

COSAS DE LA ÉPOCA.

La carta-manifiesto de D. Carlos a su augusto hermano, es conocida ya en todos los rincones de la Península; y en todas partes de donde podemos tener noticias ha causado la misma profunda sensación de temor en unos, en otros de esperanza. De temor en los pocos que se complacen en ver a nuestra desgraciada patria sumida en el caos del desgoberno presente, que amenaza convertirse pronto en cruel anarquía; de esperanza en la inmensa mayoría del pueblo español, que ansia el restablecimiento de una felicidad, de una paz y de una justicia hace tantos años perdida.

Si desde que lo leímos no nos hubiéramos convencido de la grande importancia del notable documento a que nos referíamos, nos bastaría para ello haber pasado la vista por los diarios de diferentes matices que han hablado de él. La mayor parte han confesado que está bien escrito, lo cual no es poco tratándose de diarios liberales; algunos no han tenido inconveniente en declarar que el manifiesto es de mucha importancia, y ninguno hemos encontrado que haya tenido un buen argumento ó una razón aparentemente sólida que oponerle.

En nuestro último número hicimos un ligero resumen de lo que habian dicho del manifiesto algunos periódicos, y nuestros lectores han podido juzgar por sí mismos hasta qué punto es cierto lo que acabamos de decir. Uno de los periódicos cuyo juicio aun no podíamos conocer era *La Epoca*, que en su número del viernes se habia limitado a reproducir la carta-manifiesto.

Los habituales lectores de *EL PENSAMIENTO*, en cuyas columnas tenemos que hablar con frecuencia de *La Epoca*, conociendo la índole propia de este periódico y su literatura peculiar, han de tener natural curiosidad por saber qué ha dicho ese diario doctrinario por excelencia del manifiesto de D. Carlos. *La Epoca*, que en todas las ocasiones políticas fluctúa entre la oposición y el ministerialismo, que por rara casualidad deja escapar una afirmación, y que de ordinario vela cuidadosamente sus opiniones sobre ciertos puntos de política candente, por decirlo así, *La Epoca* esperaba sin duda que el manifiesto de D. Carlos le daría ocasión para contrarrestar sus censuras a las exageraciones de los republicanos, con la censura a otras exageraciones. Pero la verdad es que el manifiesto no da gran pretexto para hablar de exageraciones absolutistas, y ciertamente *La Epoca* debió verse un poco embarazada para tratar de aquel documento.

Así se deduce del artículo del citado periódico que tenemos a la vista.

El artículo empieza por ponderar la belleza del notable espectáculo que ofrece la libertad, permitiendo que se manifiesten todas las opiniones y circulen libremente por el correo los retratos de D. Carlos. Pero el articulista siente que la duda y la incertidumbre que produce la manifestación de tan encontradas opiniones se traduce en el país por alarma de todos los intereses y por profunda desconfianza de lo porvenir; y angustiado por esta funesta inquietud, averiguado que el pueblo español necesita reposo, pero no el reposo de la inacción, «sino el que permite examinar el terreno recorrido, apreciar el error de la marcha, descansar un momento de las fatigas de la misma, y emprender de nuevo el camino por terreno firme, con seguro paso, aprovechando todas las fuerzas de la constitución física y evitando nuevos errores y nuevos cambios de dirección.»

Dicho esto, pregunta *La Epoca* si es este reposo lo que ofrece el manifiesto de D. Carlos, y contesta negativamente. La razón, héla aquí. D. Carlos de Borbon, en concepto de *La Epoca*, nos ofrece un período constituyente «tan oscuro, tan confuso, tan preñado de dudas, de innovaciones arbitrarias y de caprichos teóricos como este que hace nueve meses atravesamos.»

De propósito ponemos entre comillas las últimas líneas, para que no se crea que exageramos y atribuímos a *La Epoca* conceptos que nosotros inventamos. No, no exageramos; de *La Epoca* están tomadas textualmente esas palabras, en que se expresa la singular opinión de que el manifiesto de D. Carlos promete a España un período constituyente igual ó semejante al inaugurado en Alcolea. La cosa parece inverosímil; pero por algo ha dicho alguno que hay verdades inverosímiles.

Y es el caso, que en ese mismo artículo *La Epoca* da la razón a los que dicen, refiriéndose al actual estado de España, que esto no puede seguir así, y que es menester que esto acabe; luego aquí es menester hacer algo, es menester sustituir a lo que hoy tenemos, algo que sea mejor. ¿Cree *La Epoca* que para esto se necesita abrir un período constituyente, tomando esta palabra en la acepción que le da el liberalismo? ¡Ah! en este caso, *La Epoca* no ha comprendido siquiera el manifiesto de D. Carlos. Cuando la sociedad española está desquiciada por haber destruido su Constitución natural; cuando las dudas, la incertidumbre y la inestabilidad provienen precisamente de haber puesto en tela de juicio los fundamentos más sólidos de esa Constitución, pensar que el que se propone restaurarla ha de abrir de nuevo el palenque de la discusión a todos los utopistas y a todos los sofadores ó malvados es el mayor de los absurdos. Para restablecer el orden y la tranquilidad en España, para acabar con esas dudas y esa incertidumbre y esa inestabilidad de que se lamenta *La Epoca*, no se necesita dejar en blanco la tabla de nuestra Constitución y embadurnarla de nuevo con los caprichos de una mayoría. No, la Constitución de España está ya hecha; sus bases no dependen del capricho de los hombres, y lo que hay que hacer, es restaurar sobre las mismas bases el edificio que tan mal parado han dejado las innovaciones de un filosofismo impio y antinacional. Si a esto quiere *La Epoca* llamarle período constituyente, llámelo enhorabuena; no le aplaudiremos la exactitud, pero sí le advertiremos que se equivoca mucho si cree que ese período puede ser de duración indefinida. Tenemos los cien años, aun hay en pie una buena parte del edificio, y los materiales están acopiados; trabajando con buena fe, la obra es de pocos días. Así lo han entendido, créanos *La Epoca*, hasta sus mismos lectores, y a nadie le ha ocurrido que D. Carlos ofreciera un período constituyente para trazar una ley fundamental que tuviera por principio el caos y por término lo desconocido.

Pero antojásele también a *La Epoca* que en el manifiesto de D. Carlos no hay nada positivo, nada concreto y que después de leerlo se queda uno sin saber que régimen quiere aquel príncipe para España. Volvemos a decirlo: *La Epoca* no ha entendido ó no ha querido entender el manifiesto ó finge que no lo ha entendido. Tal vez sea esto último, porque *La Epoca* no es tan nueva en la política ni tan corta de alcances que no pueda entender el significado de un documento que todo el mundo ha entendido; y además la misma *Epoca* deja entrever que ella tambien lo comprende cuando dice que el régimen que indica el manifiesto no será absolutista, ni constitucional, ni parlamentario. ¿Qué será, pues, ese régimen? Será español y no exótico, nacional y no de banderías, será libre y no liberal, será en fin la monarquía católica y tradicional de España que todo el mundo ha conocido antes de la invención de los moles que indica *La Epoca*. Y con estas dos palabras catolicismo y monarquía tradicional tiene ya *La Epoca* contestada una pregunta que hace acerca de cuáles son las bases sobre que ha de reconstruirse el grandioso edificio en que pueden tener cabida todos los intereses legítimos y todas las opiniones razonables.

No; no basta decir «esto no es claro» para que no lo sea; no basta el capricho de un período para convencer a las gentes de que el remedio que se propone para un mal tiene los mismos inconvenientes que el mal mismo. El manifiesto de D. Carlos podrá no sentar bien a los que sueñan como *La Epoca* en una solución que ligue los hechos consumados con la legitimidad y la tradición; podrá haber sentido mal a los que quieren normalizar los efectos de la última revolución, uniéndolos en vergonzoso y nefando consorcio al monarca caído, en la persona del príncipe Alfonso, con los que causaron su caída; el manifiesto de D. Carlos podrá en fin haber entorpecido algunos planes; pero de su claridad responde entero el pueblo español que lo ha leído con satisfacción y lo ha entendido perfectamente.

JUNTA FORAL DE GUIPÚZCOA.

El día 2 del actual se reunieron en Fuenterrabía las juntas generales de Guipúzcoa, que según fuere se celebran todos los años en uno de los pueblos de la misma provincia, la cual, formalmente considerada, no tiene capital. En esas juntas se renuevan los nombramientos de diputados generales que son los que durante el año han de ejercer la autoridad, se residencia al diputado saliente, y se toman las resoluciones que parecen oportunas para la buena administración de la provincia.

Cada ayuntamiento, y a veces varios ayuntamientos reunidos, nombran sus procuradores que se presentan a la junta y entregan sus poderes, ó sea, el acta, como decimos en lenguaje parlamentario.

Lo primero que se hace es revisar los poderes para ver si están en debida forma, ó si tienen algún vicio, tanto de parte de los ayuntamientos electores como de los procuradores elegidos.

Entre los procuradores reunidos en Fuenterrabía estaban los de Azpeitia, Oyarzun, Zumaya y Legazpia, cuyos poderes aparentemente venían en regla; pero en realidad, adolecían de un vicio que los anulaba.

En efecto, los ayuntamientos de dichos pueblos no estaban nombrados con arreglo a la ley, sino por la junta revolucionaria de San Sebastián, creada por el pronunciamiento de Setiembre.

En vano los cuatro pueblos habían elegido casi por unanimidad otros ayuntamientos, al hacerse uso del sufragio universal. El Gobierno, con pretextos frívolos y contra la ley, ha detenido la aprobación de dichas elecciones municipales, y con escándalo general, continúa afrente de las cuatro villas los ayuntamientos revolucionarios.

Pues bien; uno de los procuradores, al tratarse de los poderes, dijo en la primera junta del 2: los procuradores de los ayuntamientos de Azpeitia, Oyarzun, Zumaya y Legazpia, vienen aquí representando a corporaciones ilegales, revolucionarias y procedentes de una autoridad que no solo no es foral, sino contraria al fuero; por consiguiente, esos pueblos no tienen representación en la junta, y no estando aquí representados todos los pueblos de Guipúzcoa, no hay junta.

A este procurador siguieron otros muchos, entre los cuales forman la mayoría de las poblaciones de la provincia, y para dar mayor fuerza a su protesta, la presentaron por escrito dejándola sobre la mesa y en el acto abandonaron el salón de las sesiones y se salieron para no volver. He aquí este notable documento:

PROTESTA.

Los que suscriben procuradores a juntas en la forma que aparece de los poderes que han presentado, vista la situación irregular de los pueblos de Azpeitia, Oyarzun, Zumaya y Legazpia y deseando salvar su responsabilidad ante el país, no pueden menos de retirarse y exponer brevemente las razones que abonan esta conducta.

Las juntas generales deben ser la representación de la expresión verdadera de la voluntad de los pueblos de la hermandad guipuzcoana, y siendo los ayuntamientos los que, según fuere, eligen los caballeros procuradores, exigimos como condición indispensable que aquellos deban su nombramiento a la elección de los respectivos vecindarios; mientras así no suceda, mientras los ayuntamientos no hayan recibido su misión de la elección popular, legalmente verificada, natural es é inadudable que no pueden pretender ni alegar su representación y si solo la de la autoridad a quien deben su origen y su existencia.

Sentados estos principios obvios é inconcusos, únicamente nos resta la sencilla tarea de aplicarlos.

El actual ayuntamiento de la villa de Azpeitia fué nombrado por la junta de gobierno que estableció en San Sebastián la última revolución de Setiembre, y realizada las elecciones por sufragio universal como en el resto de la nación española, lo su resultado que 962 electores de los 1,330 que contaba dicha villa, dieron sus votos a personas respetabilísimas de la misma, entre las cuales sólo están dos de los actuales concejales, habiéndose abstenido los demás electores.

Esto mismo ocurrió con diferencia suculda en Oyarzun, Zumaya y Legazpia, y cuenta que hechos de tal magnitud son completamente independientes de la autoridad foral, que es lo que agrava la cuestión, pues a no ser así, el país, ó sea las juntas generales exigirían la responsabilidad y pondrían el conativo remedio a males de tanta y tan funesta significación; pero el caso es que la situación de esos ayuntamientos, que sus vecindarios reclaman en votación casi unánime, es debida a autoridades extrañas al juez y opuestas a su espíritu. Si hoy la diputación provincial suspende la instalación de cuatro ayuntamientos conservando en su lugar otros no designados en las elecciones, mañana podrá hacerlo con mayor número, y consuntivo y aceptado el principio, no es lógico ni digno resistir las consecuencias, porque en el terreno de un criterio razonable y filosófico, nada influye que sea mayor ó menor el número de los ayuntamientos.

Mediese, pues, bien a donde conduce irremediablemente la legitimidad de unas juntas con cuatro ayuntamientos nombrados no por los electores sino por autoridades foráneas, y persuadidos los que suscribimos de que se barrera el fuero y equivale a declarar su autoliquidación al aceptar como válidas unas juntas cuya mayoría tal vez dependa de una autoridad ajena a nuestras venerandas y seculares instituciones, en cumplimiento de su deber protestamos solemnemente contra la firmeza y validez de todo lo que acuerden las juntas reunidas en esta ciudad el día de hoy, las cuales llevan en su constitución el vicio de nulidad que se ha explicado. Fuenterrabía a dos de Julio de mil ochocientos sesenta y nueve. —(Signan las firmas.)

Este documento lo firman treinta y siete procuradores que representan unos cuarenta y cuatro pueblos, esto es, la mayoría de los de la provincia. Los que se han quedado, aunque en menor número de pueblos, cuentan algunos votos, porque cuentan con los procuradores de las villas que han motivado la protesta y con las ciudades que formalmente tienen más representación, pues en Guipúzcoa se vota por fuegos. De este modo se han despatchado a su gusto y han procedido al nombramiento de la diputación que es toda de rabiosos liberales.

La situación de Guipúzcoa es hoy muy grave. Los procuradores que se han retirado no lo han hecho por fin político alguno, y han prestado un inmenso servicio al país, pues han demostrado que no quieren consentir la menor infracción de los fueros, como evidentemente lo era el reunirse la junta con procuradores que traían poderes de autoridades extrañas y contrarias al fuero. ¡Ojalá se hubiera hecho esto siempre! ¡Ojalá se hubiera procedido con tanta entereza y energía!

La junta siguió funcionando, pero protestada por la mayoría de los pueblos de la provincia, que indudablemente se pondrá de parte de los celosos defensores de la legalidad y de la integridad foral. Sigue funcionando; pero su existen-

cia y todos sus actos son protestados, y no habrá más remedio que anularlos y convocar en ocasión oportuna nueva junta.

Conflictos como este son debidos exclusivamente a la conducta del Gobierno. ¿Por qué ha mantenido este los ayuntamientos nombrados por la junta revolucionaria de San Sebastián? ¿Por qué no ha dado posesión a los ayuntamientos elegidos por sufragio universal? ¿Eran válidas estas elecciones? Pues ha faltado a la ley en no aceptarlos. ¿No eran válidas? ¿Adolecían de nulidad? Pues ha faltado a la ley en no anularlas y convocar a nuevas elecciones dentro de los plazos que la ley marca.

Sabemos que los diputados a Cortes de Guipúzcoa ha reclamado varias veces contra esta ilegalidad y nada han conseguido; porque como los ayuntamientos elegidos por sufragio universal, no eran liberales, y como se sabía que nunca lo serían, aunque la elección se repitiese cien y cien veces, se quería dejar subsistentes los ayuntamientos revolucionarios hasta que nombrasen procuradores a juntas.

He aquí el secreto de este desafío contra el cual han protestado los treinta y seis procuradores, y algunos otros más que se salieron del salón, sin embargo de que no firman la protesta.

Ahora parece que se ha mandado a los ayuntamientos representados por los procuradores de la protesta, que envíen nuevos representantes; pero esos municipios que aprueban la conducta de sus delegados, no obedecerán, según se nos escribe y aplanarán el celo y actitud de los defensores de la legalidad y del fuero y los seguirán en todo.

Conflictos en Cataluña por la torpeza del ministerio! Conflictos en las provincias Vascongadas!

¿Qué Gobierno!

Al fin *El Siglo*, en un arranque de generosidad, se atreve a publicar el manifiesto de don Carlos. Pero temeroso aquel periódico de que agrade demasiado a sus lectores este documento, trata de neutralizar su efecto, poniendo unas más intencionadas líneas a manera de epígrafe. ¡Qué tarea tan enojosa y tan estéril la de *El Siglo*! Dice que el manifiesto no tiene importancia, que todos los periódicos lo reconocen así, y que D. Carlos, en su manifiesto, abandona a su antiguo partido sin atreverse a adoptar una fórmula clara que haga comprensible su nueva significación.

Si el manifiesto no tiene importancia, ¿por qué todos los periódicos liberales se han dado de ojo para ahogar con vanas declamaciones el entusiasmo que ha producido y está produciendo en el pueblo español? Si no tiene importancia, ¿por qué le combaten con tanta grosería visto que no pueden combatirlo con razones? ¿Por qué unos dicen que está admirablemente escrito y otros (los menos, dicho sea en honra de la verdad) sostienen que su estilo es ramplón y ridículo? ¿Por qué *La Política*, por ejemplo, le califica de notable documento y dice que tiende a halagar los instintos populares, y que vigorizará las esperanzas de los partidarios del absolutismo, mientras *El Diario Español*, unionista como *La Política*, escribe cuatro palabras despreciativas y no quiere insertarlo en sus columnas?

¿Qué abandona D. Carlos a su antiguo partido? ¿En qué? Nadie sabe decirlo. El que mas sostiene, como dice un periódico moderado que no es *El Siglo*, que D. Carlos adopta el programa del moderantismo. A esto solo se nos ocurre contestar preguntando: ¿Cuál? El del moderantismo de Martínez de la Rosa, que toleró la creación de las sociedades secretas, inauguró la guerra sorda contra la Iglesia y vió impasible la degollación de los frailes? ¿El del conde de Toreno, que espulsó a los jesuitas, apropió al Estado sus bienes, prohibió dar órdenes sagradas y admitir novicios, suprimió gran número de conventos y preparó el gran despojo llevado a cabo por Mendizábal y del cual se aprovecharon largamente los moderados? ¿Es el moderantismo que en 1843 engañó a los carlistas haciéndoles creer que se trataba de hacer una restauración verdaderamente católica? ¿Es el moderantismo de los polacos cuyo solo nombre pone pavor en el bolsillo de los contribuyentes? ¿Es el moderantismo que introdujo en España los errores filosóficos de Hegel, Kant, Krause, etc.? ¿Es, en fin, el moderantismo de Gonzalez Brabo ó el conde de San Luis, el de Pezuela ó el de Miraflores, el de Moyano ó el de Botella? ¿Cuál es el moderantismo que D. Carlos proclama en el manifiesto? No lo sabrán decir esos desdichados políticos, incapaces de formular programa ninguno, liberales volterrianos, y envidiosos de que haya un príncipe que logre hablar el lenguaje del pueblo español y sea intérprete de sus más puros y nobles sentimientos.

¿Que D. Carlos no promete nada concreto? ¿Pues no dijo el mismo *Siglo* anteaer que don Carlos prometía descentralizar, economizar, proteger la industria nacional, conservar la unidad católica, respetar el Concordato que los moderados no han cumplido jamás, reunir Cortes, no soberanas, dar una ley fundamental, y por último, reinar y gobernar, como han reinado y gobernado todos los reyes de España, menos don Isabel II, y como reina y gobierna hoy mismo Napoleón III y eso que es liberal? ¿Qué programa más concreto que este puede darse? ¿Quería *El Siglo* que D. Carlos dijera tambien si utilizaría ó no los servicios de algunos moderados que hoy le combaten y que mañana serán los primeros en ir a incensarle a su palacio? Pues si esto quería *El Siglo*, pierda cuidado: que no

serán los católicos monárquicos de veras los que vayan a disputarles el trono.

Por lo demás, nos complacemos en atornillar al Siglo de nuevo, repitiéndole que todos los isabelinos no moderados han leído con verdadera satisfacción el manifiesto de D. Carlos, y le juzgan patriótico, cristiano, popular, y concreto y claro.

Si al Siglo le molestan estas verdades, peor para él. Aún ha de oír otras que le molestarán más, si no cede en sus propósitos de atacar de mala manera lo que, a lo menos, es digno del respeto de todos los hombres de buena fe, piensen como quieran.

Habiendo dicho *La Discusión* que usará «de la discusión razonada en la polémica pacífica», hasta la más sangrienta lucha en el terreno de la fuerza, y manifestado la junta provisional republicana del Estado de Castilla la Nueva que reconoce y afirma el derecho de insurrección, *La Iberia*, que vive hoy más satisfecha que antes del 29 de Setiembre, se encara con los republicanos diciendo que esas ideas «son anti-patrióticas, son anti-revolucionarias, en el verdadero sentido de esta palabra».

Pero, señora *Iberia*, ¡por Dios! ¿Dónde estarían sus mismos redactores, donde Prim, Sagasta, Ruiz Zorrilla y todos los progresistas, si no hubiesen antes proclamado las mismas ideas y, lo que es más, si no las hubieran puesto en práctica? ¿Por ventura han subido alguna vez los progresistas al poder que no haya sido por medio de la insurrección? El actual orden o desorden de cosas, es más que la rebelión en trío.

La Iberia, previendo este fácil retortivo, se anticipa a decir que la insurrección de Setiembre fué gloriosa y santa, títulos que habian de faltar a cualquier revolución que se intentase ahora «en que está asentada sobre firmísimas bases la libertad, bases escritas en el Código de las leyes (¿escritas? hace años que se escriben en todas las Constituciones); garantidos los derechos de todos (¿también de los jesuitas, de los religiosos, de las monjas, de las conferencias de San Vicente?), erigido en sistema el criterio de la más amplia libertad (para los que mandan), etcétera».

Es la comedia liberal de siempre. Los que están arriba, dicen que todo va bien; los que están abajo, prometen hacerlo mejor.

Si desde el principio se hubiesen esteriotipado los artículos y discursos de los liberales en el poder y de los liberales en la oposición, haciendo a cada cambio nueva tirada, mudados los nombres, se hubieran ahorrado mucho trabajo los escritores y muchos compromisos los ministros.

¿Qué ha de suceder? Faltando un criterio moral superior, que es el derecho, no queda otro que el del capricho o el del egoísmo.

Orden público a la manera liberal.

En Santa Cruz de Campezu un motín ocasionado por imprudencia de un alcalde patriota. En Sevilla, la partida republicana a las órdenes de Mass, va aumentando sus filas con gran número de patriotas descontentos.

En la Mancha, los ciudadanos honrados piden fuerzas para combatir a una cuadrilla de bandoleros, que en uso de su soberanía se incautan de los bienes ajenos.

En Barcelona, al paso que permanecen presos meses y meses por supuestas conspiraciones carlistas honrados ciudadanos, los voluntarios de la libertad no quieren jurar la Constitución, y tienen en jaque al Gobierno y en perpetua alarma a los industriados habitantes de aquella ciudad.

En Asturias se hacen también prisiones; en la provincia de Córdoba se prende a militares retirados, con menoscabo de la ley; en Sigüenza se descubren conspiraciones carlistas, etc. etc.

¿Es esto España o Méjico, caballeros? Y a todo esto, ¿qué es del regente? ¿qué hace el regente? ¿saben Vds. algo del regente? Al que lo presentare en la Gobernación del Estado, se lo gratificará.

Noticias que reputamos por muy fidedignas nos anuncian que la augusta señora destronada en Setiembre se ha negado resueltamente a abdicar en favor de su hijo el príncipe Alfonso, después de un consejo en el que se la estrechaba a que hiciera tal abdicación.

De esa negativa se dio conocimiento inmediatamente al emperador Napoleón. Nuestro corresponsal hace alguna indicación acerca del efecto que parece que ha producido aquella determinación en el palacio de las Tullerías. Esa indicación explica los rumores que han circulado estos días en Madrid acerca de los trabajos que se atribuyen a algunos personajes de la situación en connivencia con el Gobierno francés para el entronizamiento del príncipe Alfonso.

Séanos lícito tributar un aplauso a la augusta señora que tiene entereza bastante para no añadir a su desgracia la ignominia de aceptar proposiciones deshonrosas para cualquiera persona que estime en algo su dignidad, y mucho más para una princesa en quien ni el amor de madre disculparía semejante transacción.

Los periódicos progresistas persisten en llamar a los individuos del Clero empleados del Estado. Los Sacerdotes son ministros de la Iglesia, no empleados del Estado. El Estado no les paga sueldo; devuelve a la Iglesia una parte muy pequeña de lo que antes le quitó.

Llamando a las cosas por su nombre, es como se entienden las personas.

Un periódico revolucionario pregunta que se

ha hecho de los fondos recaudados por suscripción para levantar un templo a la Virgen de la Almudena.

¿Si se pensará en alguna nueva incautación?

Segun se desprende de un artículo que *La Iberia* dedica al Sr. Figuerola, los pueblos no están disgustados del ministro de Hacienda por su crecido presupuesto, ni por los empréstitos, ni por la capitación, ni por la suspensión de pagos de la Caja de Depósitos, ni por los amagos de libre-cambio, etc., etc.; sino porque en el ministerio de Hacienda hay todavía empleados antiguos, cuyos puestos tienen ansia de ocupar algunos liberales.

¡Pobre revolución y pobre Iberia!

El Imparcial exclama en un arrebato de entusiasmo: «¡Qué hermosa es la libertad!» a lo cual *La Iberia* añade: «¡Qué hermosa es cuando se sabe usar bien de ella!»

O lo que es lo mismo, cuando se deja gozar pacíficamente del presupuesto a los amigos de *La Iberia*.

En su tiempo hablaba así *El Heraldo*, y hasta *El Español* y *La España* no creían rebajado su liberalismo al expresar en iguales términos la idea de la libertad.

Segun carta que recibimos de Zaragoza, así que se tuvo noticia en aquella ciudad del manifiesto de Don Carlos, fué necesario hacer varias ediciones de muchos miles de ejemplares para satisfacer los deseos de la gran mayoría de aquella población, que ansiaba por conocer este notable documento.

En paseos, calles, plazas, cafés y tertulias, lo mismo las clases pobres que las elevadas, todo el mundo la leía y comentaba, elogiando el espíritu que le anima y los propósitos que encierra. Velase en todos los semblantes retratada la alegría, por las grandes y justas esperanzas que hace concebir al pueblo español la voz de un príncipe cristiano, resuelto a morir por él o salvarle, y a fundar con ayuda de Dios un gobierno fuerte en que reinen la paz, el orden y la justicia.

Lo que ha sucedido en Zaragoza, sucede en todas las poblaciones de España, grandes y pequeñas. Hasta en las aldeas que miran con indiferencia los acontecimientos políticos, mostrándose extrañas a ellos, se lee con entusiasmo el manifiesto de D. Carlos, porque el verdadero pueblo español comprende en que estos días turbados, nadie sino él puede restablecer aquí la calma un régimen verdadero de justicia y legalidad.

A estas horas no habrá un solo español que no haya leído u oído leer el importantísimo documento que ha traído la esperanza de mejores días a nuestro país. Privilegio envidiable, concedido sólo a los principios religiosos, que han sido siempre y son todavía la gloria de nuestro país; católico por excelencia.

La sesión del sábado fué una de las más lánguidas y fastidiosas de la presente temporada. Tuvimos el gusto de contar los diputados que había, y eran treinta y uno, incluidos los ministros y el presidente y secretarios. De estos treinta y uno, cuatro o seis estaban durmiendo; tres o cuatro escribiendo cartas, otros tres o cuatro leyendo periódicos y los demás conversaban amigablemente. Ni siquiera uno atendía al orador, Sr. De Pedro que hablaban en contra del proyecto de subvención a los ferrocarriles gallegos.

El asunto, como se ve, era importante, porque a más de ir en ello una cuestión económica en circunstancias tan críticas para el Tesoro, trátase, segun los defensores del proyecto, de dar vida a las provincias de Galicia y Asturias, que por falta de medios de comunicación no pueden dar el desarrollo apetecible a su industria y comercio.

Tiene el proyecto muchos impugnadores y muchos defensores; y todos convienen en que el asunto es del mayor interés. Solo los padres de la patria, los *sos disants* legisladores, se muestran indiferentes, y se duermen mientras se habla de ello.

Preciso es convenir, sin embargo, en que el Sr. De Pedro tiene una oratoria muy a propósito para hacer dormir. Su voz acompasada y grave; su hablar lento y monótono, la lectura de multitud de documentos con que dió amenidad a su discurso, y las solemnes pausas que hacía, todo contribuyó a que su peroración produjera los efectos de un narcótico.

Contestó al Sr. De Pedro el Sr. Elduayen, cuyas condiciones oratorias se diferencian poco de las de su contrario. El aspecto de la Cámara era el mismo que el de cuando hablaba el Sr. De Pedro.

Es imposible imaginarse una sesión más soporífera que la del sábado. Al presenciar escenas de esta naturaleza, la farsa del parlamentarismo salta a la vista del más miope.

¡Pobre país, si pensaba que los revolucionarios iban a hacer algo bueno! La decepción y el desengaño habrán sido grandísimos. Si el pueblo creyera que en las Cortes se discuten las leyes con espíritu de imparcialidad y justicia, con deseo del bien general, con interés por la patria, pronto se convencería de que las Cortes parlamentarias son un pretexto para subir y una máscara para tiranizar. Pero bien convencido está ya de ello; treinta y cinco años de dolorosa experiencia para venir al tristísimo estado actual, no pasan en vano. Por eso el pueblo se divorcia mas y más de los revolucionarios de todos matices, y ansia un verdadero Gobierno justo y fuerte, que dé orden y tranquilidad a es-

ta pobre patria, que tiene hambre y sed de justicia.

El Pueblo copia el manifiesto de D. Carlos, y dice que «escrito en castellano castizo, es un tegido de simplezas».

Más para *El Diario Español* el manifiesto de D. Carlos es una serie continua de disparates mal hilvanados, dignos de figurar en un álbum humorístico o en una colección de trozos selectos neo-católicos, y que en gracia del sentido común y de la lengua castellana, dispensase de reproducir.

Si esto lo dijera un periódico autorizado y consecuente y serio nos daría que pensar un poco; pero lo dice *El Diario Español*, el arlequín de la prensa liberal, el que to lo ha defendido y todo lo ha atacado, el que hace un año calumniaba a los carlistas como conspiradores mientras la unión liberal confeccionaba en Canarias el motín de Setiembre; en fin, lo dice *El Diario Español* y cuando *El Diario Español* habla, nosotros solo tenemos aliento para contestar, encogiéndonos de hombros: ¡Pss!

Tenemos el gusto de anunciar a nuestros lectores que el señor marqués de la Corte, director del instituto de San Isidro de esta capital, se ha negado a jurar la Constitución, para cuyo acto fue citado con el rector de la Universidad central D. Fernando de Castro, el director del instituto del Noviciado, y directores de las escuelas especiales.

Felicidades al señor marqués de la Corte por un acto que tanto enaltece sus sentimientos de cristiano y de caballero.

En otro lugar de este número verán nuestros lectores la excitación que la *Juventud Católica* de Madrid hace a los jóvenes de España, con el muy laudable objeto de que asociándose todos en Academias trabajen por la santa causa del catolicismo.

Terrible es la guerra que la impiedad sostiene en nuestro país contra la Iglesia; pero la impiedad, seguros estamos de ello, no contaba con resistencia tan vigorosa, como la que experimenta en todas las clases de la sociedad. Uno de los elementos que más seguro crea tener la revolución en España, era indudablemente la juventud, y por ventura la juventud estudiosa, la juventud instruida es católica hasta la médula de los huesos, a pesar de los liberales todos, avanzados o moderados, que le obligaron y le obligan a oír explicaciones de catecismos hebreos o ímpios.

Si la juventud ilustrada es católica en la fe y las obras, y de ella esperamos en gran parte el remedio de nuestros males. La juventud, smantada a los pechos de la Enciclopedia, introducida en España el año 12 el germen de nuestras desgracias; la juventud que ilustra su entendimiento con el estudio de autores católicos y tiene por norma de conducta la ley evangélica, destruirá de raíz el liberalismo en esta tierra clásica de veneración a la Iglesia.

Reciban, pues, los valerosos e ilustrados socios de la *Juventud Católica* de Madrid nuestro parabien por sus trabajos en defensa de la verdad, y quiera Dios premiarles su celo con la satisfacción de ver que fructifican tantos esfuerzos por el sostenimiento y propagación en España del catolicismo.

Las noticias que tiene *El Imparcial* de la partida republicana que salió de Sevilla son de que en la mañana de ayer fué avistada por parte de la columna que la persigue, allegar a La Higuera en la provincia de Badajoz. Parece que tan pronto como vieron a la tropa se dispersaron y que la mayor parte de los individuos iban uniformados con garbaldas encarnadas y sombreros chambergos con cintas también encarnadas.

Un periódico de Barcelona anuncia, con referencia a noticias recibidas de Madrid, que antes de dirigirse al conde de Reus a las aguas de Vichy, permanecerá algunos días en la quinta de recreo, propiedad de sus amigos, situada en uno de los pueblos inmediatos al llano de Llobregat.

El viernes último se reunió en Valladolid en junta general la Asociación de católicos de dicha ciudad a fin de nombrar la directiva definitiva y proceder a la subdivisión en juntas parroquiales. En dicha reunión que duró confirmadas en sus cargos por aclamación general las mismas personas que hasta aquí los han desempeñado interinamente.

Segun vemos en *El Euzalduna* de Bilbao, el general Lersundi, nombrado representante de Dera para las juntas locales de Guipúzcoa que comenzaron el día 3 en Fuenterrabía, no ha querido asistir a la Asamblea guipuzcoana.

Escriben de Zamora a *La Igualdad*, que en Toro continuaba cobrándose la contribución de consumos.

Un periódico de Valencia anuncia que el sábado ha debido salir de aquel puerto, con rumbo a Barcelona, la escuadra del Mediterráneo anclada en las aguas del Grao.

Parece que la comisión de las Cortes, encargada de proyecto de ley sobre pagas atrasadas a los emigrados, ha emitido dictamen favorable.

Dice un periódico: «Ignoramos el fundamento que pueda tener la noticia de una larga carta dirigida sobre la situación política por el Sr. Olózaga al presidente del Consejo de ministros. La lentitud actual de la crisis, dice *La Reforma*, que contrasta con la agitación de estos dos días últimos, se atribuye a esta carta, que se dice es un verdadero documento político».

Parece que algunos corresponsales de periódicos han anunciado ayer a provincias que el gene-

ral Prim había ofrecido dos cartas a los republicanos, una de ellas, la de Hacienda, al Sr. Pi y Suñer.

Redirigiéndose a un despacho de Nueva-York, dice el *International* que la expedición que salió últimamente de aquel puerto para la isla de Cuba ha logrado desembarcar en Aserradero, cerca de Villa del Cobre, en las inmediaciones de Santiago de Cuba. Las fuerzas de los insurrectos se han dividido en cuatro cuerpos o grupos, y las manda en jefe el general Jourdan, teniendo a sus inmediatas órdenes al general Quesada.

Ayer se recibieron los siguientes despachos de Cuba por la vía de Nueva York:

HABANA, 45 de Junio.—El cólera se ha hecho epidémico en Nuevitas y sus inmediaciones; es meliguo, y el resultado fatal, en la mayor parte de los casos.

Los insurrectos han quemado las poblaciones de Niquias y Comarones.

Hay muy poca animación en los mercados de la Habana, porque los comerciantes no quieren hacer negocios a consecuencia del estado de incertidumbre que todavía hay acerca de la situación política del país.

HABANA, 16.—Las tropas están arrestando en todas partes a las personas de quienes se sospecha que son desleales, con arreglo a las órdenes que han sido expedidas por el Gobierno.

Ha llegado el vapor *Morro Castle*.

Parece que hoy a las doce se reunirá la minoría republicana en uno de los salones de las Cortes, asistiendo los directores de los periódicos del partido.

Segun dice un periódico, por la comisión elegida por la junta de aranceles se ha acordado que los derechos de importación sobre el papel de imprimir queden en los mismos tipos que hoy, habiendo el Sr. Gisbert desistido de su propósito de elevarlos hasta el 15 por 100.

Tomamos las siguientes noticias de *La Correspondencia*:

«Se ha creado una comisión para establecer en el Escorial el museo de tapices».

«Parece que el Sr. D. Narciso Escosura ha enviado la dimisión del cargo que desempeñaba en Cuba el director de administración local».

«Se han concedido seis meses de licencia para las provincias Vascongadas y Francia, al mariscal de campo conde de Cumbres Altas».

«Las cartas de Sevilla que recibimos hoy, dicen que es muy numerosa la emigración de personas pacíficas de aquella ciudad que buscan en otra parte la calma y la tranquilidad de que allí se carece».

«Parece que ha llegado a Madrid el Sr. Puig Llagostera, cuya carta respecto a la cuestión arancelaria, fué origen de la disidencia que surgió en una de las últimas sesiones de Cortes entre los Sres. Prim y Figuerola».

«El general Prim no saldrá para los baños de Vichy hasta después de terminada la discusión de presupuestos».

«Ayer estuvo una comisión de milicianos veteranos a invitar al regente para que asista a la función del 7 de Julio en Santo Tomás, a la cual creemos asistirán también el general Prim, comisiones de las direcciones de las armas y cuerpos de la guarnición».

«Parece seguro el nombramiento del Sr. Rancés para representante de España en Londres, reemplazándole en Viena el Sr. Mazo».

«El Sr. Rivero va a demandar ante los tribunales a los individuos de la juventud republicana de la Coruña que firmaron un escrito publicado ayer en las columnas del periódico *La Igualdad*».

«A quince asciendo únicamente los trabajadores despedidos de las obras que corren de cuenta del ayuntamiento, por haber faltado a su trabajo el día 22».

«En Toledo, segun carta que hemos visto hoy, se han vendido más de 16,000 ejemplares del manifiesto de D. Carlos».

Con motivo de la discusión del presupuesto de gastos, que dará principio el martes próximo, se reanudarán las sesiones de noche, a fin de abreviar estos trabajos.

El *Cronista* llegado ayer refiere en los siguientes términos la prisión de los individuos de la junta cubana de Nueva-York:

«El gran jurado del tribunal de circuito de los Estados Unidos para el distrito meridional de Nueva-York ha admitido la acusación formulada contra José Morales Lemus, presidente de la junta cubana, José M. Basora, Juan M. Lamar, José Mora, coronel William P. C. Ryan, Francisco Fesser y Mariano Alvarez, individuos de dicha junta, por haber armado en 1.º de Mayo último una expedición militar contra una parte de los dominios de España, potencia con la cual están en paz los Estados Unidos, y por haber violado las leyes de neutralidad».

El juez Blatchford espidió por la tarde los mandatos de arresto de las personas acusadas, y por la noche los alguaciles Greig, Crowley, Turner, Allen, Christie, Dwyer y Smith salieron del tribunal con objeto de verificar los arrestos.

Crowley y Dwyer encontraron a José Mora en su casa num. 234, calle 43.ª al Este, a eso de las ocho de la noche, y cuando Mora supo de lo que se trataba entregó inmediatamente a su esposa un legajo de papeles, del que Crowley se apoderó.

Los documentos se hallan ahora en poder del alguacil mayor, y es probable que su contesto no se haga público hasta que los acusados sean juzgados en el tribunal competente.

El coronel Ryan fué arrestado a las siete por el alguacil Allen, mientras aquel se hallaba parado en Broadway, esquina a la calle de Blecker, y todos los demás lo fueron tambien antes de las nueve de la noche.

José Morales Lemus, que vive en Brooklyn, protestó contra el arresto y fué dejado en libertad hasta el jueves por la mañana, en que se presentó al juez Blatchford, y dió fianza de 10,000 pesos para responder de que comparecerá ante el gran jurado. Todos los demás presos, que fueron conducidos a la cárcel de Ludlowstreet, han prestado tambien fianza.

Las autoridades americanas han procedido en este caso con la rectitud que España podía esperar de una potencia amiga, y la revolución ha llevado así otro golpe que quizás acabará con ella».

El contenido del siguiente telegrama recibido anteaer, debe ser acogido con reserva como procedente de Nueva-York, residencia de los miembros de la junta insurreccional de Cuba:

NUEVA-YORK, 2 (por el cable).—Noticias de Cuba aseguran que los voluntarios catalanes, habiendo recibido la orden de guardar una línea de caminos

de hierro, se han amotinado pidiendo que se les emplee en un servicio activo.

El coronel de los voluntarios hizo presente este deseo al general Letona, quien se negó a acceder a ello y mandó prender al coronel.

Los voluntarios marcharon a Puerto-Príncipe, libertaron al coronel preso y prendieron al general Letona.

Se asegura que los voluntarios trataron de fusilarle.

Los periódicos de Barcelona publican una carta en que el Sr. Puig y Llagostera se dirige al Sr. Figuerola con gran templanza contestando a las duras calificaciones de este con una defensa del sistema proteccionista.

El coronel graduado comandante de ingenieros D. Francisco de Paz y Quesada, ha sido encargado de formar los proyectos definitivos de los tres cuarteles que han de construirse en el solar de Guardias, y del que conviene levantar en el olivar de Atocha, siendo además nombrado para dirigir la ejecución de dichas obras.

Una junta nombrada por los contribuyentes al impuesto personal en Valladolid, ha dirigido al gobernador civil de la provincia una reverente exposición, suplicándole se sirva suspender el cobro de dicho impuesto, hasta que se haya formado un repartimiento más justo que el verificado, y que llene todas las condiciones legales que no ha tenido en cuenta, segun dicha exposición, la junta repitidora del espresado impuesto.

En la sesión que celebró anoche la comisión de presupuestos, se aprobó el capítulo referente al personal de la Rota romana.

Se rebajó a 20,000 rs. el material del tribunal de la Rota de España.

Se suprime una plaza de secretario, quedando uno solo para todas las órdenes, terminando con esto el presupuesto del ministerio de Estado.

Después se entró en el presupuesto de Hacienda, aprobándose el capítulo 39 referente al cuerpo de carabineros.

La comisión se reúne de nuevo hoy a las nueve de la noche.

La junta de la asociación para la reforma arancelaria, estuvo ayer, segun dice un periódico, muy animada, habiendo tomado parte en la discusión un proteccionista catalán, y un obrero de Madrid el cual dijo que los obreros debían huir tanto de la protección como del libre cambio.

Parece que hace cuatro días se presentó en Pineda (Lérida) una partida de cinco hombres armados, cuyo objeto era robar la casa parroquial de Madrona; mas apercibidos de ello el alcalde y la Guardia civil, levantaron el somaten, y dando con ellos tuvieron una refriega, de la que resultaron cuatro muertos de aquellos criminales, y el que quedaba era perseguido constantemente.

El vapor-correo *Canarias* que arribó anteaer a Santander, ha quedado tres días de observación. Trae a bordo 250 pasajeros, habiendo muerto uno en la travesía a consecuencia de un ataque apoplético.

La *Política* dice que el Sr. Baldasano, hoy consejero de Estado, es el que reúne más probabilidades de ser nombrado intendente de Cuba.

Segun *La Correspondencia*, se habla del señor don Emilio de Santos para dicho destino.

Además de haber sido nombrado el Sr. Olózaga nuevamente embajador en París, lo ha sido para Roma el Sr. Posada Herrera. *La Gaceta*, sin embargo, no dice esta boca es mía.

Dice un periódico de Cataluña: «A consecuencia del acuerdo tomado por la Asamblea de Tortosa de jurar la Constitución, el comité provincial de Barcelona ha resuelto dimitir».

ULTIMA HORA.

CORTES.

Abierta la sesión a las dos y media, el ministro de Hacienda leyó tres proyectos de ley: uno en que se decreta completa desamortización; otro en que se establece que no disfruten haberes activos ni pasivos los que no hayan jurado la Constitución, y el tercero en que se dispone la venta de los bienes del real patrimonio.

Se puso a debate la interpelación sobre la prisión del conde de Chaste, y no habiendo quien tuviera pedida la palabra, acordaron las Cortes pasar a otro asunto.

Continuando la discusión sobre los ferrocarriles gallegos, el Sr. Gomis tomó la palabra en contra de la subvención, y continuaba en el uso de la palabra cuando abandonamos la tribuna.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra).

FLORENCIA, 4.—Todas las noticias relativas a una modificación del ministerio son prematuras.

En un consejo de ministros presidido por el rey Víctor Manuel, Mr. Cambray-Digny, ministro de Hacienda, ha aceptado alguna modificación a sus planes financieros, y creése con fundamento que la mayoría del Parlamento aprobará estos últimos.

Asegúrase que la Cámara reanudará sus tareas del 15 al 20 del presente mes. Sigue el sumario empezado con motivo del atentado cometido contra el diputado Lobbia; pero todavía no han sido descubiertos los verdaderos culpables.

PARIS, 5.—Los expedientes relativos a las protestas contra los electores imperialistas, han llegado a ser muy numerosos.

El virey de Egipto ha llegado.

ROMA, 4.—En el próximo Concilio no serán invitados los embajadores de las potencias.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 25-90; pequeños, 2-900, 27-15 y 26-05; a plazo, 25-80, y 75 fin cor. fir.

Titulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 29-75.

Titulos del 3 por 100 diferido, publicado, 25-35.

Billetes hipotecarios del Banco de España, publicado, 98-25.

Acciones de carreteras generales 6 por 100 anual emisión de 31 de Agosto de 1852, de 2,000 rs., publicado, 65-00.

Obligaciones generales por ferrocarriles de 4, 2,000 rs., publicado, 50-00, 50-20, 30 y 40.

